



**LAURENCE
REES**

LOS VERDUGOS Y LAS VÍCTIMAS



**LAS PÁGINAS
NEGRAS DE LA
HISTORIA DE
LA SEGUNDA
GUERRA MUNDIAL**

LAURENCE REES

LOS VERDUGOS Y LAS VÍCTIMAS

Las páginas negras de la historia
de la segunda guerra mundial

Traducción castellana de
Antonio-Prometeo Moya

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2008
Primera edición en esta nueva presentación: marzo de 2025

Los verdugos y las víctimas. Las páginas negras de la historia de la segunda guerra mundial
Laurence Rees

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Their Darkest Hour*

© Laurence Rees, 2007

© de la traducción, Antonio-Prometeo Moya, 2008

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-728-3
Depósito legal: B. 3.596-2025
Impresión y encuadernación: Arteos Digital
Printed in Spain - Impreso en España



En la segunda guerra mundial murieron más de sesenta millones de personas, más que en ningún otro conflicto bélico de la historia. Que fuera posible una carnicería tan elevada se debió a la capacidad de los modernos métodos de matar. Dos de las tres historias personales de esta sección ejemplifican lo fácil que se había vuelto —tecnológica y psicológicamente— matar personas a gran escala a mediados del siglo xx. Oskar Gröning cuenta que las modernas técnicas de exterminio de Auschwitz le permitieron «aislarse» de los crímenes mientras trabajó en el campo. Y Paul Montgomery habla del efecto «distanciador» de bombardear civiles desde el aire.

Es un material turbador por múltiples razones y no en menor medida porque nos obliga a afrontar el delicado tema de la capacidad humana para matar. ¿Qué ocurre cuando basta apretar el botón que tenemos delante para eliminar a nuestro peor enemigo, a la persona que amenaza nuestra vida? No volveremos a verlo nunca más. No habrá malos recuerdos ni tensiones postraumáticas. En realidad, sería como si no matáramos a nadie. A fin de cuentas, se trata solo de apretar un botón. Paul Montgomery lo planteó con sencillez durante la entrevista cuando dijo que destruir personas lanzando bombas era como jugar a «un videojuego».

Estos modernos métodos no solo permitieron destruir a más personas que nunca y con menos implicación personal de los ejecutores,

sino que además hicieron difícil la cuestión de la culpabilidad y la inocencia. No cuesta entender que la tercera persona entrevistada en esta sección, Petras Zelionka, fuera considerada culpable de homicidio. Estaba frente a sus víctimas y apretó el gatillo. En consecuencia, al terminar la guerra fue condenado a pasar veinte años en un campo de prisioneros. Pero ¿y Oskar Gröning? Trabajó en una oficina de Auschwitz clasificando dinero. No mató a nadie directamente, aunque contribuyó al buen funcionamiento de la fábrica de muerte que fue Auschwitz.

Al igual que otros miles de SS que trabajaron en Auschwitz, Gröning no fue acusado de ningún delito: no hubo ningún castigo para el 85 % de los SS que trabajaron allí. Esto se debió fundamentalmente a que las autoridades jurídicas de casi todos los países llegaron a la conclusión de que la mayoría de los SS de Auschwitz no cometió personalmente ningún homicidio: la culpable fue la tecnología. Y no se puede llevar a juicio a las cámaras de gas. Todo lo cual nos conduce a la siguiente pregunta: ¿significa esto que nadie será culpable de nada si un Estado organiza en el futuro una forma totalmente mecanizada de exterminio?

Las declaraciones que siguen plantean otra cuestión relativa a la culpabilidad y la inocencia. Los nazis de la época y otras personas en fecha posterior han aducido que hubo cierta equivalencia entre el exterminio de judíos en las cámaras de gas y el exterminio en masa de japoneses y alemanes por los bombarderos aliados. El mismo Oskar Gröning alude a este supuesto parecido. Es una cuestión polémica que analizo al final de mi comentario sobre Gröning.

Ninguno de estos problemas tiene solución fácil. Pero las preguntas que nos plantean son fundamentales para el juicio que nos formemos sobre la legalidad y la moralidad de la guerra.

Paul Montgomery y el bombardeo total de los japoneses

Tengo la sospecha de que soy la persona viva que ha conocido a más genocidas de la segunda guerra mundial: japoneses, alemanes, norteamericanos y ciudadanos de la antigua Unión Soviética. Es un mérito dudoso y nunca ha figurado entre los objetivos de mi existencia. Pero me ofrece la oportunidad de hacer juicios comparativos.

Y uno de los hallazgos más sorprendentes fue que casi todos los implicados en las matanzas de hombres, mujeres y niños vivían prácticamente libres de preocupaciones al respecto. Veamos, por ejemplo, el caso de Paul Montgomery.

Lo entrevisté en 1999 en su granja del Medio Oeste. El paisaje era de ensueño. La granja estaba rodeada de verdes prados y se llegaba a ella por una larga carretera comarcal. Llevaba muchos años felizmente casado con su mujer y entre los dos habían fundado una gran familia con hijos, nietos y bisnietos. La casa era un lugar tranquilo y alegre.

Paul Montgomery había sido siempre un ciudadano modelo, sin defectos. Así pues, la idea de que este hombre hubiera participado en la matanza de miles de personas resultaba casi inimaginable.

Obviamente, fue la guerra lo que le dio la oportunidad de cometer estos actos. Aunque no solo la guerra, sino también la sección de las fuerzas armadas en la que se alistó, dado que fue aviador de las fuerzas aéreas estadounidenses.

Se alistó poco después de lo de Pearl Harbour y el recuerdo de aquel ataque «a traición» condicionó su postura durante todo el conflicto.

—Empecé a odiar a los japoneses —me dijo— por lo que habían hecho tan furtivamente. Los japoneses habían destruido propiedades nuestras [...] y quería enfrentarme con ellos mucho más que con los alemanes. En Pearl Harbour perdí a algunos amigos y me sentía responsable de ellos.

Que los japoneses hubieran bombardeado Pearl Harbour antes de declarar la guerra a Estados Unidos indignaba a los ciudadanos de este país. Fue un catastrófico error de cálculo de los japoneses. Lógicamente, cualquier país habría reaccionado con furia ante un ataque así, pero en el caso de la reacción norteamericana había un factor añadido. Afectaba a algo muy arraigado en la psique estadounidense, a algo que tenía que ver con la idea casi mítica del «juego limpio» y el «trato justo», fundamental en la concepción que tenían muchos ciudadanos sobre sí mismos y su país.

Este factor hizo que Paul Montgomery y millones de compatriotas suyos participaran en la guerra con el corazón rebosante de odio justificado. Como desde siempre había querido volar, el arma de la venganza que eligió Montgomery fue el bombardero cuatrimotor.

Al principio se enroló en el entrenamiento de pilotos de las fuerzas aéreas, pero como le dijeron que había ya demasiados pilotos, optó por ser operador de radio. Al final lo destinaron a una base aérea de la pequeña isla de Tinian, en el Pacífico, como tripulante de una superfortaleza Boeing B29, el bombardero de mayor capacidad y volumen de la guerra. Su misión era guiar al avión hasta el objetivo japonés y ayudar a los artilleros a que las bombas cayeran donde debían.

Su primer ataque fue contra las refinerías del puerto de Yokohama:

—Después de bombardear el objetivo, volvimos la cabeza y vimos la refinería en llamas y al final pensé que había sido una especie de hazaña.

Hubo otros objetivos industriales (por ejemplo, el complejo de maquinaria pesada de Mitsubishi, en Osaka) y la tremenda capacidad destructora de los norteamericanos no tardó en reducir a escombros todas las fábricas bajo las bombas.

De este modo, Paul Montgomery y sus compañeros se vieron envueltos en una de las operaciones militares más polémicas de la guerra: el lanzamiento de bombas incendiarias sobre ciudades japonesas.

—Se pensaba que teníamos que reducir no solo su capacidad bélica, sino también su deseo de hacer la guerra. Y así surgió lo de lanzar bombas incendiarias sobre los objetivos más importantes. Empezamos por Osaka, Tokio, Nagoya y todas las grandes ciudades, y las bombardeamos hasta que no quedaron más que escaleras y chimeneas. Destrucción total al ciento por ciento.

Con las lluvias de bombas, los norteamericanos lanzaban también artefactos «antibomberos» que explotaban después para impedir que los bomberos sofocaran las llamas. Estas bombas no eran necesarias, ya que los japoneses no tenían casi capacidad, ni terrestre ni aérea, para repeler aquellos ataques. Los aviones estadounidenses bombardeaban desde las alturas, eran casi inexpugnables, y Paul Montgomery no pasó miedo durante sus misiones.

Los pocos que sobrevivieron a aquellos bombardeos hablan de «tormentas de fuego» y de «gente quemada viva». Las casas japonesas de madera y papel se consumieron en el acto y las granizadas de bombas aniquilaron comunidades enteras. En el bombardeo que sufrió Tokio la noche del 9 al 10 de marzo de 1945 murieron alrededor de cien mil japoneses, más que en Hiroshima o Nagasaki bajo las primeras bombas atómicas de la historia.

—Por decirlo lisa y llanamente, no lo lamenté —dijo Paul Montgomery—. Cumplí veintiún años aquel verano de los bombardeos. La verdad es que deseaba que se acabara la guerra, quería volver a mi casa. Y si me decían que bombardeara algunas ciudades, iba y bombardeaba ciudades.

Admitía abiertamente que allá abajo, sufriendo en medio de la devastación, «debía de haber mujeres y niños, es verdad», pero seguía pensando que «solo hice lo que me dijeron que hiciera para contribuir a la guerra».

Estas palabras hacen que Paul Montgomery parezca un hombre irreflexivo. Pero no es así. Cada vez que yo le preguntaba se esforzaba por indagar en sus sentimientos y por responder con sinceridad. En cierto modo era como si aún le costase darse cuenta, a nivel emocional,

de que había participado en una operación militar que acabó con la vida de millares de mujeres y niños. Hasta cierto punto se debía a que había sido un tripulante más del avión, a que había formado parte de un grupo. Así era imposible concretar a cuántas personas había matado cada uno. Además, él mismo dio otra razón, más importante aún, de que le afectara tan poco la destrucción que había contribuido a producir:

—No es como clavarle la bayoneta a otro, ¿no cree? Matar a distancia no produce ese efecto desmoralizador que sentiría si en el curso de un combate le hundiese la bayoneta a otro en el estómago. Es diferente. Es un poco como hacer la guerra a través de un videojuego.

Yo creo que este «distanciamiento» es clave para entender por qué un hombre de aspecto «normal» puede participar en el exterminio de mujeres y niños a gran escala y no sufrir ninguna consecuencia psicológica. Los modernos métodos de matar no solo permiten exterminar a más personas que nunca, sino que además facilitan psicológicamente el trabajo de los ejecutores. Es casi seguro que matar a una sola persona con un hacha de piedra era más difícil para nuestros antepasados que para Paul Montgomery y sus compañeros exterminar a miles con bombas desde seis mil metros de altitud.

Esta facilidad para matar venía potenciada de un modo explosivo por la sensación de obrar justamente que tenían los tripulantes de los bombarderos por querer «vengarse» de los japoneses. Los norteamericanos no habían iniciado la guerra, no codiciaban nada que los japoneses poseyeran y pensaban que no les habían dejado más salida que combatir. Los japoneses habían sembrado vientos en Pearl Harbour; ahora recogían las tempestades. Además, muchos combatientes norteamericanos pensaban que luchaban contra personas racialmente inferiores: los chistes gráficos norteamericanos solían representar a los japoneses como simios. Pero Paul Montgomery negaba que entre sus motivos personales figurase el racismo.

—Un hijo mío está casado con una japonesa, de Hawái, y es lo mejor que le ha ocurrido en la vida. No siento ninguna hostilidad en absoluto hacia los japoneses. En aquella época sí, sentía hostilidad hacia el apoyo que daban a la guerra los alemanes y los japoneses [...]. Y estaba resuelto, como todos los demás, a poner fin a la guerra [...]. Y si había que bombardear ciudades civiles, pues se hacía.

Pero durante una misión (durante una sola misión), Paul Montgomery sintió cierta empatía con la gente que había en tierra. Fue durante un ataque a la ciudad de Kuri, en la costa suroccidental de la isla de Honchu. Su avión fue el último en lanzar las bombas. La ciudad ardía a sus pies.

—Kuri ardía con tal intensidad y nosotros volábamos tan bajo que el olor de lo que se quemaba llegaba hasta el avión. Veíamos las paredes metálicas de los retretes exteriores y aquello subía casi hasta nuestra altura [...]. Yo estaba medio asfixiado [...] era un hedor nauseabundo e indescriptible. Como si quemaran orina y excrementos humanos [...]. Fue una experiencia repugnante.

—¿Qué sintió usted al percibir aquel olor?

—No lo sé. Sentí de todo, menos piedad por la gente, no sé por qué. No me preocupaba la compasión. Era así de simple. Yo era joven y estaba muy curtido.

A pesar de haber dicho que no sentía piedad por la gente, el olor a excremento humano que brotaba de las llamas le afectó. Mientras describía el ataque contra Kuri pareció inquietarse por primera vez desde que había comenzado la entrevista. Fue como si todavía se esforzara por borrar el mensaje que le transmitían los sentidos: he aquí la consecuencia de lo que has hecho, el calor infernal, las ruinas de metal y madera, la eliminación de seres humanos de los que no queda más que el olor de su excremento. Las circunstancias del bombardeo de Kuri forjaron sin duda estas emociones en lo más profundo de su ser, emociones que no habían aparecido en los bombardeos anteriores gracias al «distanciamiento».

Es evidente que los mandos sabían que los tripulantes de los bombarderos norteamericanos iban a tener problemas psicológicos, dado que en cuanto volvieron a la base de Tinian e informaron de la misión, un suboficial de vuelo les ofreció un vaso de licor fuerte.

—«No bebo», le dije. Él dijo: «Bebe de todos modos». Y bebí. Y lo que digo es que me tumbó de tal manera que apenas pude volver al cuartel. Me fui a dormir inmediatamente. Y él [el suboficial de vuelo] dijo: «Es para impedir que tengas pesadillas o no concilies el sueño». Y me fui a dormir inmediatamente. Me quedé frito. Es la única vez que he bebido alcohol en toda mi vida.

Las autoridades médicas estaban tan preocupadas por la salud psicológica de los tripulantes de los bombarderos que un miembro del personal médico recorría las filas de camas para comprobar que todos dormían.

—Más tarde nos explicó que era necesario, vital, irse a dormir inmediatamente. Que no nos traumatizáramos cavilando después. Y funcionó. No sentí compasión por los japoneses en ningún momento.

Como ya he señalado, estas expresiones («No sentí compasión por los japoneses en ningún momento») resultan crueles. Sin embargo, apuesto lo que sea a que cualquiera que conozca a Paul Montgomery simpatizará con él. Un rasgo típico de su personalidad fue que, al despedirme, me obligara a llevarme a Londres, para mi familia, un tarro de mermelada casera.

Paul Montgomery me resultó una persona muy curiosa. Admitía libremente haber participado en la matanza de miles de civiles japoneses, hombres, mujeres y niños. Y pese a haberlo hecho, siguió siendo un hombre tranquilo, totalmente en paz consigo mismo.

Petras Zelionka y los campos de exterminio nazis

Cuando lo conocí en Kaunas, Lituania, hace unos diez años, Petras Zelionka era un abuelito lleno de arrugas. Pero en el verano y el otoño de 1941 era un joven de veinticuatro años que participó en uno de los peores crímenes de la historia. Zelionka mató a hombres, mujeres y niños judíos durante el vil exterminio que siguió a la invasión alemana de la Unión Soviética.¹

Filmé una entrevista con él en el escenario de una de las matanzas, la 7.^a Fortaleza de Kaunas. Nos concedió alrededor de una hora, según dijo, mientras su mujer estaba de compras en la ciudad y él esperaba su regreso para volver los dos a casa. Vivían en el campo. Tuvimos mucha suerte de que aceptara someterse a la entrevista.

Lo que yo quería era comprender, hasta donde fuera humanamente posible, por qué había tomado parte en aquel crimen. Y saltaba a la vista que para penetrar en su mentalidad necesitaba conocer el contexto de la matanza.

En Lituania existía una larga y arraigada «tradición» antisemita, basada hasta cierto punto en la envidia que despertaban las riquezas (por lo general imaginarias) de la población judía local, y los acontecimientos que se produjeron un año antes de la invasión alemana fortalecieron este prejuicio. En 1940, el Ejército Rojo invadió Estonia, Letonia y Lituania y entre los ciudadanos locales (entre ellos Petras

Zelionka) corrió el (falso) rumor de que los judíos eran responsables de gran parte de las peores atrocidades de los rusos.

—En términos generales —dice Zelionka— hubo mucha indignación cuando llegaron los rusos, muchos judíos pasaron a ser dirigentes políticos, se integraron en la policía [...] y todos decían que en el departamento de seguridad quienes más torturaban eran los judíos. Ponían unas abrazaderas en la cabeza y apretaban las tuercas, y así torturaban a los maestros y profesores.

Cuando los alemanes invadieron los países bálticos y el resto de la Unión Soviética en junio de 1941, las unidades de exterminio se dedicaron a matar a los varones judíos adultos; luego, durante el verano y comienzos de otoño exterminaron también a las mujeres y los niños. Los nazis estaban motivados sobre todo por el fervor ideológico: ¿cómo podía crearse en el Este el paraíso ideado por Adolf Hitler si había judíos viviendo allí?

Los alemanes y los colaboracionistas lituanos, como Petras Zelionka, conducían a los judíos al campo, donde se habían abierto grandes fosas. Muchos lugareños seguían por curiosidad a esta lamentable comitiva. Los judíos sabían que iban a morir y rompían los billetes que llevaban en los bolsillos para que sus asesinos no sacaran provecho del crimen. Ya al borde de las fosas, se indicaba a los judíos que se desnudaran. Poco antes de recibir los disparos, algunos, en un rasgo de generosidad, lanzaban a los mirones no judíos un abrigo o una chaqueta de buen paño.

Petras Zelionka admitió que él y sus compañeros sacaban a los judíos de las aldeas o los guetos, los conducían hasta las fosas, los desnudaban y apretaban el gatillo:

—Todo rápido y sencillo. Sin ceremonias, nada. Los dábamos por desaparecidos y punto. [A veces, poco antes de recibir los balazos], al pie de la fosa, alguno gritaba «¡Viva Stalin!». Solo estas travesuras [...]. En ocasiones, cuando pienso en la historia de mi vida, se podría escribir todo un libro. Se leería hasta la última página [...]. Puede que la gente lo entendiera, pero a lo peor no.

Zelionka contó también que él y sus compañeros solían estar borrachos cuando disparaban a los judíos: el alcohol desempeñó un papel importante en las matanzas.

—Cuando se toman unos tragos, todo el mundo es más decidido.

Al final de una jornada de matanzas él y sus compañeros volvían a la base militar lituana.

—Cuando volvíamos al cuartel, nadie nos prestaba particular atención. Nos daban vodka; podíamos beber todo el que quisiéramos [...]. Si me lo daban, lo bebía.

Zelionka bebía después de cada matanza, entre otras cosas para «eliminar» las «desagradables» imágenes que le quedaban en la memoria.

Pero el caso es que Petras Zelionka quiso tomar parte en las matanzas: fue un verdugo voluntario. Y aunque cincuenta años después se guardaba mucho de expresar abiertamente su violento antisemitismo, confesó que entre sus compañeros:

—Algunos decían que [los judíos] se lo merecían, que torturaban a otros o ayudaban a torturarlos [...] había muchos que estaban indignados con los judíos. Nos decían lo que habían hecho, que mataban incluso a mujeres [...] otros lo hicieron porque estaban indignados. Los judíos son muy egoístas.

Y aunque, en mi opinión, se esforzó durante la entrevista por ocultar su odio personal por los judíos y por alejarse un poco de las ideas de aquellos «otros» que participaron en las matanzas, hubo momentos en los que me pareció que afloraban a la superficie sentimientos sinceros. Se definía como «lituano de verdad» y no dudaba en señalar que no había matado a otros lituanos, «solo a judíos» (aunque los judíos a los que exterminó también eran de nacionalidad lituana). Y cuando le pregunté si habría matado a lituanos no judíos, se apresuró a responder: «No los habría matado». Admitió asimismo que le preocupaba la posibilidad de que le hubieran indicado que matase a algún «inocente» (es decir, a personas no judías, lo que quiere decir que las mujeres y los niños judíos no eran inocentes, ni siquiera los niños de pecho).

Estimulados por la «indignación» que les producían los judíos «egoístas», los verdugos perpetraban su labor básicamente por odio. Otro motivo era la codicia:

—[Los alemanes] los buscaban [a los judíos] y les quitaban todo el oro que tenían, relojes, etcétera, todo lo que fuese de oro [...]. Nuestro primer suboficial tenía una maleta donde guardaba estos objetos.

Petras Zelionka negó que sacara provecho personal de los robos, pero es evidente que los asesinos estuvieron en condiciones de quedarse con algo, aunque según Heinrich Himmler, jefe supremo de las SS, los «beneficios» de las matanzas debían ser para el Estado nazi.

Cuando la entrevista se acercaba a su fin, y conforme aumentaba su temor de no localizar a su mujer cuando volviera de sus compras, Petras Zelionka nos dio dos claves misteriosas en relación con sus motivos para participar en las matanzas. En primer lugar, reveló que le resultaba admisible matar niños, porque sentía una especie de «curiosidad» por saber lo que sucedía cuando apretaba el gatillo.

Es posible que, en principio, «curiosidad» sea una palabra demasiado débil para describir la motivación de un asesino que dispara a un niño a bocajarro. Pero la curiosidad es un factor muy poderoso en nuestra vida. Sin duda es la base de buena parte del progreso humano. Los niños se ponen a gatear porque sienten curiosidad por saber lo que hay en el otro extremo de la habitación, del mismo modo que Cristóbal Colón emprendió su viaje de descubrimiento movido por la curiosidad por saber lo que había al otro lado del Atlántico. La curiosidad puede ser también una fuerza muy tenebrosa. Los mitos y los cuentos maravillosos se han concentrado durante milenios en la capacidad de la curiosidad para vencer a la sensatez. Lo que trajo la desgracia al mundo, según la antigua leyenda griega, fue la curiosidad de Pandora por ver lo que contenía la caja que le habían dado los dioses y que le habían prohibido abrir.

La segunda pista de última hora que nos dio Zelionka a propósito de sus motivos fue una observación que hizo casi por casualidad, en el sentido de que «la juventud es muy impulsiva» y de que, «cuando se es joven, se cometen muchas tonterías». Fue una forma de decir que las matanzas se perpetraron cuando el anciano de pelo blanco era un vigoroso veinteañero. La verdad es que, en la mayoría de los países, los crímenes violentos los cometen principalmente jóvenes que tienen entre dieciocho y veinticinco años, precisamente la franja de edad en la que entraban Petras Zelionka y sus compañeros de matanzas.

Terminada la entrevista, Petras Zelionka fue recibido como una especie de héroe por uno de los oficiales del ejército lituano que nos ayudó en la filmación que hicimos en la 7.^a Fortaleza.

—Usted es periodista —me dijo este militar veinteañero— y no se ha enterado de lo principal. Lo importante no es lo que hicimos a los judíos. Es lo que los judíos nos hicieron a nosotros.

Miró entonces hacia donde estaba Petras Zelionka, que acababa de reunirse con su mujer, y sonrió.